

Dei Verbum, n. 5: «Cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad». La «voluntariedad» de la fe está presente no sólo en el acto de asentimiento del intelecto; alcanza un ámbito personal mucho más amplio, porque implica la entrega total en confianza del hombre —su vida, sus facultades, no sólo su mente «asentidora»— a Cristo (que no es sólo Verdad, sino también Camino y Vida).

J. Alviar

Carlo GRECO (ed.), *Cristologia e antropologia* (A. V. E., Saggi 31), Roma 1994, 331 pp. 14,3 x 21.

Carlo Greco recoge aquí los trabajos de un Seminario interdisciplinar celebrado los días 1-2 de mayo de 1992 en la Pontificia Facultad de Teología de la Italia Meridional, Sección de San Luis. El Seminario estuvo dirigido por el Prof. Marcello Bordoni. A él pertenece la primera relación: *Cristologia e antropologia* (pp. 15-62), a él pertenece la conclusión (pp. 313-319); en diálogo con él y con su relación se realizan la mayor parte de las intervenciones.

La tesis defendida pudiera resumirse así: a pesar de las dificultades habidas con anterioridad en las relaciones de cristología con la antropología, es posible repensar en una manera nueva y más adecuada esta relación, haciéndola verdaderamente fecunda. Esto será posible si, por una parte, se asumen las legítimas instancias del giro antropológico moderno y del personalismo contemporáneo y, por otra, se desarrolla una metafísica relacional de la persona, derivada analógicamente de la realidad

trinitaria y de la existencia histórica de Jesucristo. La propuesta es atractiva.

Bordoni aborda el tema —titulado genéricamente *cristologia e antropologia*— dividiéndolo en cuatro grandes apartados, cuyo enunciado muestra ya el *iter idearum* del trabajo: 1. La revelación cristiana como fundamento del giro cultural hacia el hombre; 2. La crisis del giro antropológico; 3. La mediación antropológica de la cristología; 4. La mediación cristológica de la antropología.

La relación de Bordoni viene acompañada por diversas aportaciones de los participantes, entre las que citamos aquellas que más directamente inciden en la cuestión clave: las relaciones entre antropología y cristología. N. Galantino, *Del humanismo al antihumanismo contemporáneo: antropologia personalistica ed istanze teologiche*, S. Muratore, *Il principio antropico cosmologico e la cristologia sistematica*, P. Piffano, *Cristologia e antropologia degli scrittori d'oggi*, A. Orazzo, *L'icona di Cristo, exemplum per l'uomo nel Cur Deus homo di S. Anselmo*, C. T. Ferrett, *Cristologia del nome di Gesù*, C. Greco, *Gesù Cristo, icona del Dio invisibile*, V. Caporale, *Prospettiva fondamentale del rapporto cristologia-antropologia*, P. Gamberini, *Ontologia di relazione e cristologia*.

El libro recoge también, resumidamente, las discusiones que tuvieron lugar durante el Seminario y que están vertebradas en torno a tres temas de verdadero interés: *Cristologia e antropologia: quale mediazione metafisica?*; *Kenosi trinitaria, rivelazione iconica, ontologia di relazione*; *Storicità della rivelazione e ragione teologica*.

El lector se encuentra, pues, ante un libro que recoge un magnífico trabajo, que bien puede ser llamado escolar, si se entiende este adjetivo en su sentido más noble: la publicación de un Seminario interdisciplinar sobre un tema

de interés, dirigido por un prestigioso profesor.

L. F. Mateo-Seco

Martín GELABERT, *Vivir como Cristo. Antropología teológica*, Ediciones San Pío X, 220 pp., 17 x 24

Dentro de la colección «Textos: Sección Teología» del Instituto Superior de Ciencias Catequéticas y Religiosas «S. Pío X», aparece este manual, diseñado como texto base de estudio. Como su mismo título indica, la obra arranca de una consideración del hombre en cuanto llamado-en-Cristo, y desemboca en una ética, que puede definirse como vivir-como-Cristo. Intenta así el autor unificar, cristológicamente, tanto la consideración esencial como moral del ser humano.

El libro considera al hombre en sus tres «momentos» —como imagen de Dios creada; deformada; recuperada—, aunque el autor insiste en que estos tres aspectos coexisten dentro de la historia de cada individuo. Vamos a comentar los capítulos del libro, deteniéndonos en los aspectos de mayor interés.

El primer capítulo presenta al hombre «creacionalmente», apoyándose en el dato revelado de que el hombre es imagen de Dios y tiene, por tanto, en su misma raíz, una referencia a Dios. Por esta razón, es Cristo, imagen perfecta de Dios, quien ha de servir como punto de anclaje último para cualquier reflexión teológica acerca del hombre.

En la parte sobre la creación en general, el autor incorpora las aportaciones de exégetas y teólogos en las últimas décadas, como son: la centralidad cristológica y trinitaria del dogma de la creación; la inseparabilidad de creación y salvación dentro del único designio divino; la definición icónica del hom-

bre, que abarca tanto su espiritualidad como su corporeidad.

En la sección acerca de la caída del hombre, el autor —siguiendo a J. Ruiz de la Peña y L. F. Ladaria— sostiene que es preciso alejarse de una presentación demasiado perfecta del estado de los primeros hombres: la elevación o primera gracia consistió fundamentalmente en la «llamada» a la amistad divina, que el hombre rechazó. También sugiere que el pecado denominado «hereditario» consiste, por una parte, en la inserción fáctica en una historia de alienación de Dios, que el individuo ratifica y hace suyo con sus pecados personales; y por otra parte —desde el punto de vista de la solidaridad— el pecado «heredado» tiene analogía con el carácter «mediado» de la personalidad humana, que es determinada profundamente y con anterioridad por el ambiente y la historia.

Estos puntos tienen el mérito de incorporar un elemento clave del misterio del pecado original, a saber, la dimensión comunitaria e histórica del hombre. Efectivamente, el ser humano vive en una misteriosa solidaridad con el resto de la humanidad, pasada, presente, y futura. La terminología tradicional en torno al pecado original «originado» suele insistir también en una privación ontológica en cada humano, niño o adulto, que hace necesaria la administración del bautismo: parece conveniente, pues, no olvidar la realidad de una «muerte espiritual» en el fondo de cada hombre que entra en la existencia, ligada a la descendencia de los primeros hombres.

En cuanto a la advertencia de Gelabert de reducir los elementos que clásicamente integraban el cuadro del hombre elevado, se pueden hacer tres observaciones: (1) En efecto, es válido distanciarse de una interpretación «literalista» del relato paradisiaco; (2) La in-